

SOBRE LA RELIGION EN ESPAÑA

"El Socialista" 27 de agosto de 1938

La farsa y degeneración del catolicismo español, previstos por Donoso Cortés

Carta a una hispanista checoslovaca

Ahora hace un año sostuvimos usted y yo, en Praga, nuestra última controversia sobre la religión en España. ¿Recuerda? Acomodados en sendos sillones del Renacimiento español; entre un tabor japonés y un biombo malayo; frente a un ídolo hindú, al que servía de fondo un tórico lienzo de la escuela de Valdés Leal. En aquella estancia, que tenía algo de templo barroco y demostraba la inquietud viajera del dueño de la casa, y a los demás invitados, reanudamos, una vez más, el hilván de nuestras palabras sobre un tema eterno. Usted, ciudadana checa, no trataba de convencerme; exponía nada más. Yo, súbdito español, intentaba hacerla aceptar la razón que asistía al pueblo ibero en su resentimiento, no por la Iglesia, sino por el clero. Usted, como hispanista, conocía muy bien la cultura de mi patria, pero como católica su atención se había fijado sobre una figura de nuestra política y de nuestras letras, con cuyos textos me argumentaba. Donoso Cortés, en cuyo es-

tudio empleaba usted entonces su tiempo, fué, en efecto, el paladín de más fuste que el catolicismo tuvo en España durante gran parte del siglo XIX.

Pero permítame que, quizá con pegajosa machaconería, vuelva a insistir sobre aquellas razones y le exponga otras nuevas. Desde aquel día en que me despedí ya de usted para regresar a mi patria, mi pueblo, en el sentido más amplio y magnífico de la palabra, es decir, en su significado más hondamente humano, ha topado, ¡otra vez! con la Iglesia. En esta ocasión, por no perder su inveterada costumbre, ha ido aliada con el militarismo más feroz, con la putrefacta aristocracia, que de puro rancia hedía, y con el capitalismo explotador del obrero.

Supongo que, del mismo modo que usted no comprendía el porqué los españoles quemaban algún templo en cuanto sus ánimos se soliviantaban, no entenderá ahora por qué los que se dicen defensores del orden se sublevan y los que se arrojan a la defensa de la religión católica aceptan la ayuda de los «boches» y permiten la invasión de España por los «nazis», que no se caracterizan precisamente por su amor a la iglesia de Cristo (ni por su cariño a Checoslovaquia, no lo olvide); ni se explicará que los que se llaman conservadores de la tradición y tienen por símbolo a Peláyo abran las puertas de su patria a la morisma que aquél comenzó a combatir en una guerra de ocho siglos, que sí merecía el nombre de «santa», al contrario que ésta en que estamos ahora empeñados, a la que de ningún modo puede adjudicarse tal calificativo; ni le cabrá a usted en la cabeza que colgando un escapulario por el cuello de un mahometano, éste quede convertido «ipso facto» al catolicismo.

Nada de eso encontrará en Donoso Cor-

tés, al que tanto admira. Cuando usted termine el libro que preparaba sobre el marqués de Valdegamas, no deje de incluir tres párrafos de don Juan, que le abrirán los ojos sobre muchas cosas de las que han sucedido en mi patria.

Las palabras proféticas a que me refero parecen escritas ayer mismo; compruébelo:

«He visto dos torres babilónicas, dos civilizaciones espléndidas, levantadas a lo alto por la sabiduría humana.

La primera cayó al ruido de las trompetas apostólicas; era la civilización pagana con sus filósofos, con sus oradores, con sus artistas, con sus poetas; era la civilización de Roma, que dominaba en África, en España, en la Galia, en Bretaña. Esta civilización que se alzaba soberbia como una gigantesca torre, se derrumbó estrepitosamente a la voz tonante de san Pablo, que hablaba en nombre de Cristo crucificado.»

«Pues esta civilización europea que se llama cristiana y que tiene a Cristo en los labios y no en el corazón, caerá también al clamor estrepitoso de las trompetas socialistas y comunistas.»

Ese fragmento no ha sido escrito en nuestro tiempo; pertenece, como usted sabrá, al «Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo, el Socialismo, considerados en sus principios fundamentales», aparecido en Madrid nada menos que en 1851.

Lea usted, de paso, aquel libro de su compatriota Winter, «Don Quijote en la encrucijada» (Winter: «D. Quijote na Rozcesti», Praga, 1936). Puede usted aplicar algunos de sus conceptos a su propio país. El dilema—fascismo—democracia—se echa también a pasos agigantados encima de Checoslovaquia, su patria, a la que yo admiro tanto.

Federico PASCUAL